

SANTA RAFAELA MA PORRAS AYLLON



1870
1871
1872

1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

SANTA RAFAELA MARIA PORRAS AYLLON

Fr. Rafael M^a. López-Melús
Carmelita

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7693-168-9
Depósito Legal: B-27902-91
Printed in Spain

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla



Como en las riberas del Jordán

San Juan en su Evangelio nos cuenta un encantador diálogo entre Jesús y San Pedro después de la Resurrección del Maestro.

Jesús por tres veces le pregunta a Pedro si le ama. Tres son las respuestas categóricas de este gran amor. Tres habían sido antes, en los días de la Pasión, las negaciones de conocerle.

No es una afirmación simplista decir que todos los santos se han distinguido en esta virtud del AMOR. Pero no todos en el grado y medida de esta santa que vas a conocer brevemente su vida.

Parece como si hubiera sido solamente esta virtud teologal –la más importante de las tres– la que se preocupó de practicar durante toda su vida. Todas las demás florecerán a su sombra.

Su lema fue «AMAR SIEMPRE». Siempre y a toda costa. Y a todos. Más aún: su amor fue tan heroico que no es fácil encontrarlo en otras vidas de Santos.

El Señor le llevó por duros caminos casi desde los inicios de su vida religiosa, pero como Rafaela María Porras Ayllón, que así se llama nuestra protagonista, amaba sinceramente y en profundidad al Señor... todo lo pudo superar con gran gallardía de espíritu.

Muchos santos se eligieron al convertirse del todo al Señor un lema o mote que procuraron cumplir a rajatabla y toda su vida se esmeraron en llevarlo a la perfección. El cumplimiento de este lema fue el trampolín que les empujó hacia la meta de la santidad. El lema de nuestra biografiada fue este: «Amar siempre. Siempre amar. Amar a todos...».

Es fácil amar a nuestros seres queridos. Amar a los que nos aman. Amar a los que piensan y obran como nosotros. Pero amar a los enemigos y calumniadores... es algo reservado para los santos. A este llegó Rafaela María...



Primer beso con Jesús

En un pintoresco pueblo cordobés –Pedro Abad– el primer día del mes de San José –1 de marzo de 1850–, de un matrimonio cristiano nació Rafaela María a la que se le pusieron al ser bautizada tres nombres más, según la costumbre de la época.

Su familia bien acomodada y ejemplar en las virtudes cristianas y cívicas. Su padre, el alcalde del pueblo, estaba siempre dispuesto a hacer favores y a compartir su pan y su casa hasta con las personas que no lo merecían.

Sus padres –Ildefonso y Rafaela– tomaron siempre muy en serio la educación de sus hijos. El padre pronto dejó esta difícil encomienda a su buena mujer porque murió cuando nuestra Rafaela María era todavía muy niña.

Sus hermanos fueron a estudiar y a formarse a Córdoba mientras que Rafaela María y su hermana mayor, Dolores, quedaron en Pedro Abad donde recibieron una esmerada educación de su madre y de un rígido preceptor que le encomendaron esta sagrada misión.

Para que las dos hermanitas hicieran la Comunión juntas –toda la vida vivirán muy unidas: se esperó un poco, Dolores, ella tenía ya once años, mientras Rafaela Ma. solo siete. No era uso en aquel tiempo hacer la primera Comunión a tan corta edad pero para aquella familia aquel paso era algo muy sagrado y querían unir tanta alegría en un mismo acto. Todos se preocuparon de que la pequeña Rafaela estuviera muy bien preparada para aquel gran paso: El Primer Beso con Jesús.

El día señalado fue precisamente el uno de marzo de 1857, el mismo que cumplía siete añitos Rafaela. Esta se preparó lo mejor posible. Saltaba de gozo por el día que se avecinaba. Pidió perdón a todos. ¿De qué, si era un ángel?

Siempre recordará con enorme cariño las cosas que Jesús le dijo a ella y ella a su Jesús.



A sus quince primaveras

Nació en la primavera. Siempre la niña, la joven, la religiosa Rafaela María procurará vivir en este tiempo que es el más bello de las cuatro estaciones. Pasará por crudos inviernos, más aún, casi toda su vida religiosa será un invierno cruel, pero su grandeza de alma le impedirá manifestarlo ni hacer partícipes de sus dolores y amarguras a los demás que conviven con ella. Más aún: muchas creerán al verla con tanta paz y alegría que está nadando en la más profunda calma y bienestar.

Rafaela María tuvo una infancia normal y propia de una familia acomodada. Casi la única confidente será su hermana Dolores que le lleva cuatro años de edad. Las demás personas son más bien adultas.

Desde muy niña fue muy dada a la oración y a su intimidad con el Señor. Su hermana Dolores parecía inclinada hacia el matrimonio. Le gustaba arreglarse, llamar un poco la atención... A Rafaela, no. Ella se preocupaba más bien de pasar desapercibida de los demás y procuraba tener su tiempo libre para charlar con Jesús.

Además de la Casa flamante de Pedro Abad la familia Porras Ayllón tenían otra hermosa casa en Córdoba donde a veces pasaban varios días al año.

Un día de primavera, el día señalado de la Encarnación de Jesús y de la Anunciación de la Virgen María, 25 de marzo de 1865, a sus quince años, Rafaela María realizó uno de los sueños más dorados de su vida. Lo había preparado con mimos. No había dicho nada a nadie, ni siquiera a su hermana Dolores ni a su madre. En la iglesia de San Juan de los Caballeros, se entregó de lleno al Señor por las manos de María haciendo su voto de virginidad.

A imitación de la Virgen María, Rafaela María ya desde ahora era totalmente para Cristo aunque sus familiares ya le iban señalando algún joven de familia distinguida...



«Sígueme»

La escena de la «llamada» de los Apóstoles por parte de Jesús le encantaba a Rafaela María. Jesús los iba invitando uno a uno a seguirle, y, ellos, dejándolo todo, sus redes, su mesa de impuestos, su familia... le seguían.

También ella, Rafaela María, había oído de mil formas diferentes la «llamada» del Maestro. Buen aldabinado fue el del 25 de marzo en la Iglesia de San Juan de los Caballeros...

Ahora le llegaba otra: En un día frío del mes de febrero de 1869, cuando ella contaba 19 años, murió su madre estando ella solita en su compañía mientras espiraba. Le pareció que quedaba huérfana de todo de este mundo para que se sintiera más «propiedad» del Señor. Quería ser «toda de El».

También sus hermanos se iban casando con jóvenes de familias nobles. Otro hermano le moría en la flor de la edad. Sólo su hermana Dolores, ya de 24 años, y ella de veinte, seguían llevando una vida un tanto rara no solo para los vecinos del pueblo, sino también para sus mismos hermanos, cuñadas, tíos, etc... que las querían más metidas en las cosas del mundo, más arregladas como correspondía al rango de sus familias y menos en la Iglesia y entre los pobres.

Las dos hermanas estaban muy unidas en esta sagrada misión. Por si algo les faltaba por aquellos días llegó a Pedro Abad un sacerdote que era todo un encanto: serio, formal, piadoso, hombre de Dios. El les infundió en sus almas, mayor amor a la oración, a la lectura de la Biblia, al amor a los pobres.

Las «señoritas» como dirán después los criados de la casa, salían ya desde jovencitas por una puerta trasera por no ser vistas de los curiosos e iban a llevar limosnas, a limpiar las casas de los pobres o a la Iglesia a orar...

Jesús las seguía «llamando».



«Loca debo ser si no soy santa»

El Señor llama cuando quiere y a quien quiere. Las vidas de los Santos suelen ser todas una retahíla de sencillos y de maravillosos prodigios del Señor para llevarlos «a su camino».

Cada vocación es un idilio de amor que se va entretejiendo entre el Señor y el alma... Si esta es dócil a la «voz del Señor»... hace maravillas.

Si llamásemos a todos los Santos, tanto los antiguos como los modernos, y les hiciéramos pasar ante nosotros y les preguntásemos qué es lo que les ha ayudado más a llegar a la santidad no hay duda de que todos a una nos contestarían:

– «La fidelidad a la VOZ DEL SEÑOR. El haber dicho que sí a la «llamada del Señor».

Durante los años de la adolescencia de Rafaela María estaba muy de moda aquella poesía de uno de nuestros clásicos que se titula: «*¿Yo para qué nací?*» Y dice:

– «Para salvarme...» Y termina con esta maravillosa y a la vez dura expresión:

– «Loco debo de ser si no soy santo».

Esta frase la meditaba con frecuencia nuestra joven protagonista y ya estaba decidida del todo: Entre los caminos que el Señor pone ante los hombres para salvarse uno, el más seguro, es la «entrega total a El en la vida religiosa». «Así, pues, se dijo ella, yo seré religiosa porque estoy decidida a SER SANTA A TODA COSTA».

Las «llamadas del Señor» eran bien claras: No le atraía la vida del matrimonio que habían tomado sus hermanos. Le había impresionado la soledad del corazón que deja en el alma la muerte de un ser querido: su padre, su hermano, su madre... Veía que las vanidades: vestidos, dinero, fiestas, no le llenaban el corazón... Luego había que buscar la auténtica felicidad en otra parte: «Debo ser santa. Tengo que ser santa», se decía. Y... lo fue.



Monja reparadora

Las dos hermanas, Dolores y Rafaela María salieron de Pedro Abad en dirección hacia Córdoba en febrero de 1874. La decisión ya estaba tomada: Querían abrazar la vida religiosa.

Una vez en la capital encontraron a unos buenos y venerables sacerdotes que les encauzaron hacia las clarisas de Santa Cruz. Allí pasaron un buen tiempo madurando sus propósitos dispuestas a seguir la «llamada del Señor».

Eran conscientes de lo que dejaban: su pueblo, su familia, sus riquezas –que eran bastantes–, y, sobre todo, sus propias personas.

Después de varios intentos por fin abrazaron la vida de las religiosas de María Reparadora. Las Hnas. Dolores y Rafaela María ofrecían incluso, una casa en Córdoba que era propiedad de su hermano Ramón para esta finalidad.

Durante aquel año de noviciado en el que tuvieron como compañeras a varias otras jóvenes cordobesas, aprendieron a ser religiosas de veras. Rafaela María, sobre todo, aprendió la virtud de la humildad y de la entrega al fiel cumplimiento de la voluntad de Dios. Ambas virtudes las va a necesitar en grandes cantidades a lo largo de toda su vida.

El 4 de junio de 1875, las dos vistieron el hábito y según era costumbre entonces, cambiaron sus nombres. Dolores se llamará desde ahora María del Pilar y nuestra protagonista en lugar de Rafaela María será ya conocida para siempre por María del Sagrado Corazón.

Todo iba bien cuando surgieron dificultades y las Reparadoras marcharon a Sevilla, y allí, en Córdoba, quedaron la mayor parte de las jóvenes novicias, entre ellas las dos hermanas. Rafaela María fue nombrada superiora de aquellas jóvenes. Nunca lo habría esperado. Esto fue una buena prueba para su hermana Ma. del Pilar que siempre fue la que ordenaba y dirigía a la hermana menor.



«Mi confianza en el Señor»

La Virgen se fió de Dios... «he aquí la esclava...» y el Señor no le falló. San Pablo tenía como lema «Se muy bien de quién me he fiado».

La flamante y jovencísima superiora de la nueva comunidad Reparadora de Córdoba se fiaba también del Señor. En sus manos puso todos sus anhelos desde hacía mucho tiempo y ahora que la Iglesia de Córdoba la había hecho superiora de aquel grupo de jóvenes religiosas, más aún.

Pronto corrió la voz por la capital de la existencia de estas nuevas religiosas. Todos las admiraban y querían. Sobre todo el señor Obispo, el dominico Ceferino González se sentía muy satisfecho de estas monjitas de las que pensaba aceptar como Padre Fundador y entregarles sus reglas dominicas.

Dos sacerdotes, sobre todo, se preocupaban de ellas. Eran el Arcediano y D. Antonio Ortiz Urruela.

Pronto se encargaron de la marcha de un Colegio que por cierto llevaban a las mil maravillas. Algunos vieron aparecer en aquella naciente obra una gracia providencial «para la regeneración espiritual de la diócesis». El obispo mandó a dos sacerdotes que les hicieran, de acuerdo con la misma dirección de las religiosas, una especie de Constituciones. Ellas conocían el espíritu ignaciano y llegarían a conocerlo en mayor profundidad cuando tengan trato más íntimo con los jesuitas.

El texto de aquellas Constituciones no gustó al Obispo fray Ceferino. El creía que debían ser más severas en la clausura y no le parecía prudente la exposición diaria del Santísimo Sacramento... Y les faltaba el espíritu dominicano... Aquí empezó una dura lucha... hasta que una noche las religiosas partieron hacia Andújar... sólo puesta la confianza en el Señor... La joven superiora escribiría: «Tengo puesta mi confianza en el Señor. El no nos dejará nunca, porque no deseamos más que su honra y su gloria».



Esclavas del sagrado Corazón de Jesús

Había que ver a este grupo de jóvenes religiosas capitaneadas por otra más joven todavía que sólo ansiaban amar a Jesucristo y servir a sus hermanos los hombres.

Eran fervorosas, sacrificadas... Llamaban la atención por donde pasaban. Era cierto que las hermanas Porras —a las dos las tenía aquel grupo como auténticas FUNDADORAS— habían entregado todas sus posesiones para esta obra, que bastantes disgustos les costó de parte de sus familiares, pero a pesar de ello no les faltaron estrecheces y penurias en cada una de las fundaciones.

El Instituto empezaba a extenderse por todas partes. Hasta el mismo Fr. Ceferino, que antes las había casi obligado a emigrar de su tierra nativa, ahora las recibió con gran cariño en Córdoba. Con él se alegraron todos los cordobeses. Empezaron a lloverles vocaciones y ayudas de todas partes... La confianza de Madre María del Sagrado Corazón... no había quedado defraudada.

Madre fundadora de cuando en cuando platicaba a todas las religiosas o les escribía dándoles maravillosos consejos: «Fijaos bien a lo que habéis sido llamadas» les decía en una ocasión. Y en otra: «Mirad cuál es vuestra vocación y procurad ser fieles a ella a toda costa...»

Vinieron las fundaciones de Madrid, Jerez de la Frontera, Bilbao... Roma.

Los padres jesuitas, desde que tomó contacto con ellas el P. Cotanilla que tanto las ayudó, serán siempre sus mentores.

M. Ma. Pilar durante el generalato de su hermana, María del Sagrado Corazón, será un medio de gran sacrificio para esta. No siempre aceptó con gusto que la menor mandara en ella.

Para recibir el «*Decretum Laudis*» la Santa sede exigió el cambio de nombre. Desde ahora se llamarán: *Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús* (1886).



«Hacerme semejante a Cristo»

La Congregación iba extendiéndose como el grano de mostaza de la parábola...

En enero de 1886 la Santa Sede les concedía el «Decreto de Alabanza»... Y cosa no muy común, un año después, el 29 de enero de 1887, recibían, llenas de gozo, el «Decreto de la Aprobación definitiva». Desde ahora ya siempre se llamarán, por imposición de la Santa Sede *Esclavas*...

Aunque al principio lo sintió la Madre María del Sagrado Corazón después le pareció maravilloso por su rico significado: Esta sería la misión de ella y de todo el Instituto fundado por ella: A imitación de María procurar estar siempre como una esclava a los pies de Jesús, dispuesta siempre a ser pisoteada, ultrajada y olvidada para la gloria del Padre... Esto será su vida.

En varias ocasiones al conocer los sufrimientos de su hermana María del Pilar, quiso renunciar al cargo de Superiora General y que lo desempeñara su hermana. A los padres jesuitas que eran como los asesores espirituales del Instituto solía pedirles este favor: «Que sea ella ya que tiene más cualidades que yo quien dirija el Instituto... Siempre ha sido ella la que lo ha dirigido todo ya en nuestra Casa... Yo me sentiré más gozo si le obedezco...»

Mientras, como la hora suplicada por ella no llegaba, seguía trabajando con todas sus fuerzas por la Congregación. Se extendía de modo maravilloso y ello se debía en gran parte al profundo espíritu de vida interior que vivía Madre María del Sagrado Corazón. Las animaba con su ejemplo y con sus palabras. Les decía, por ejemplo: «En el corazón de Jesús encontrará fortaleza». Y otra: «Viendo el mundo se aviva el cielo». »Donde no hay unión, no está Dios». «Procure recibirlo todo de El»... «Obedezca como si el mismo Dios le hablase»... «Viva en perfecta observancia, en profunda humildad»... «Yo solo quiero hacerme semejante a Cristo...»



«En el perder está la ganancia»

Entre tantas cualidades que adornaban el alma de la M. Corazón estaba sin duda alguna la amabilidad, la alegría, la paz que ella vivía y que transmitía a cuantos la trataban. Las penas que las tenía muy grandes, procuraba ocultarlas y no hacer padecer a los demás las pruebas que el Señor le enviaba a ella...

A nadie amó tanto en este mundo como a su hermana Dolores a cuyo amparo caminó en la vida seglar y sin embargo el Señor se sirvió de su hermana mayor para hacerle sufrir durante muchos años de su vida religiosa. Después las cosas cambiarían porque la M.Ma. Pilar era también muy buena religiosa y siempre deseó lo mejor para el Instituto.

Por permisiones de Dios empezaron a fallar algunas cosas y entre las superiores no había unión con la Cabeza que era M. General. Madre Pilar así se lo hacía saber a su hermana. Varias Hnas. seguían a M. Pilar y había peligro de excisiones. Pronto se dio cuenta de ello M. Sagrado Corazón y trató de atajarlo de raíz. Lo único que le interesaba era salvar la unidad de la Congregación que el señor por medio de las dos hermanas había fundado. Ante ello nada importaba que la calumniaran o que la depusieran de su cargo. La cosa llegó hasta Roma y Roma actuó.

Madre María del Sagrado Corazón dejó de ser Superiora General y fue elegida su hermana María del Pilar. Era el 1893.

Ante estas batallas Madre Corazón se entregaba más y más a la oración. A los ejercicios espirituales, a los que siempre amó con toda su alma y de los que sacaba fuerzas de un año para otro. Escribía a su hermana: «Ruego a Vd. que me perdone...» (¿de qué si a nadie había ofendido y menos a ella?). Y en otra ocasión: «Por caridad, por el Instituto...» Y: «...Esto dura poco, en el perder está la ganancia mayor y más asegurada como El nos enseña...»



Alégrese del todo

Esta historia que estás leyendo es una delicia. Lástima que no la podamos desarrollar con detalles. El Señor tiene sus designios maravillosos... Estas escenas o retazos de vidas nos enseñan de qué es capaz el corazón del hombre y de lo que es capaz de cambiar...

Madre Corazón había dirigido sabiamente al Instituto durante diecisiete años, desde su nacimiento hasta 1893. Una de las que más luchó contra ella fue su misma hermana María del Pilar. Le hizo sufrir como nadie, pero el gran amor que ambas se tenían y el amor hacia la Obra de ambas, su Instituto, las hizo permanecer fieles a su vocación y la virtud heroica de Madre Corazón superó todas las dificultades.

Ma. María del Pilar, adornada de muchas cualidades humanas y divinas, fue su sustituta la segunda Superiora general. Gobernó el instituto diez años. Al principio todo muy bien. Arrinconó, a su hermana. No contaba con ella a pesar de que seguía amándola con toda su alma. Después algunas Hnas. no vieron bien la actuación de Ma. María del Pilar y lucharon hasta destituirla. La acusaron a Roma y no tenían motivos para ello como tampoco los hubo con M. Corazón. Entonces sufrió casi más M. Corazón por ver sufrir a su hermana que la misma Ma. del Pilar...

Las dos se unieron más que nunca. Como cuando estaban en su hogar de Pedro Abad.

Madre Corazón animaba a su hermana a la que no pudo ver durante muchos años ni en la hora de su muerte, con cartas maravillosas que son todo un tesoro y como tal las conservan sus hijas las Esclava. Le decía, por ejemplo: «Viva y haga todo por El sólo»... «Ahora, hermana, solo nos toca ya bajar la cabeza y someterse a Dios»...

Y ella feliz desde Roma, sin meterse en nada, porque la habían arrinconado, calumniado y abandonado: «Estoy en este mundo como en un gran templo». Y: «¡Alégrese de todo!»...

«Dígame Jesús al oído»

Madre María Pilar, una de las dos fundadoras, moría santamente el 1916, arrinconada y olvidada... y llorando lo mucho que había hecho sufrir a su santa hermana María del Sagrado Corazón durante los años que ambas fueron superiores.

Madre Ma. Corazón siguió en este mundo nueve años más entregada al retiro, a la oración y al servicio de cuanto le ordenaban. Casi nadie la tenía como fundadora ni acudía a ella para nada. A las que lo hubieran hecho con gusto, pues todavía quedaban de las que fundaron con ellas dos la Congregación, les estaba prohibido. ¡Caminos del Señor!

Madre Rafaela María pasaba horas y horas, sin nunca cansarse a los pies del Maestro en su rinconcito de la Capilla conventual. Allí hablaba también con su hermana María del Pilar, con su hermana Dolores, y le escribía con el recuerdo cartas muy largas recordando los apuros que ambas pasaron por dar vida a este Instituto que por otra parte progresaba de modo maravilloso... Ya pasaban de mil las religiosas que lo formaban... Pero la savia, los cimientos que le hacían crecer... eran los sufrimientos de estas dos hermanas santas que ahora las ignoraban, sobre todo la Superiora general vitalicia, pero ya llegará un día en que el Señor hará justicia de aquel grano de trigo que cayó en el surco, se pudrió y dio una fecunda y sabrosa espiga (Juan 12,24).

Llena de méritos iba caminando hacia la eternidad. Pero era valiente y sincera; como lo fue siempre aún a la hora de la muerte. Así dijo a M. General: «Seamos humildes, humildes, humildes, porque solo así atraeremos las bendiciones del Señor».

Poco antes de morir dijo a la Hna. enfermera: «Hermana, cuando parezca que ya me he muerto, dígame, por favor, al oído el nombre de Jesús».

Era el 6 de enero de 1925. Pío XII la beatificó el 18 de mayo de 1952. Pablo VI la canonizó el 23 de enero de 1977.